de los criados, y conociendo que no se me podría ocultar el verdadero estado de Edmunda, me encerré en el cuarto en que generalmente habitaba.

Pero en el momento de salir, á la caida de la tarde, para adquirir noticias de los dos enfermos, la dueña volvió á decirme que me esperaban afuera. Observé en su semblante una doble expresión de satisfacción y de miedo. Comprendi que venían á prenderme, y adiviné (lo cual era verdad) que la dueña Leblanc me había delatado. Me asomé á la ventana y ví en el patio á los soldados de la marechausée.

—¡Cómo ha de ser! exclamé, ¡Cúmplase mi destinol Pero antes de abandonar, quizás para siempre, aquella casa donde dejaba mi alma, quise volver a ver a Edmunda por la última vez. Me dirigí á su estancia. La dueña quiso impedirme la entrada, pero la empujé tan bruscamente, que cayó en tierra y creo que se lastimó un poco. Alborotó la casa con sus gritos. Y más tarde armó gran ruido, en los debates, con lo que llamaba una tentativa de asesinato en su persona.

Entre, pues, en el aposento de Edmunda y hallé en él al abate y al médico. Escuché silencioso lo que este decía. Supe que las heridas no eran mortales por si mismas, si una violenta excitación de cerebro no complicaba el mal y hacía temer el tétano. Esta palabra cayó sobre mí como una sentencia de muerte, pues había visto en América morir muchas personas de esta terrible enfermedad, á consecuencia de las heri-

das recibidas en la guerra. Me aproximé al lecho. El abate estaba tan consternado que no pensó siquiera en impedírmelo. Cogí la mano de Edmunda, siempre insensible y fría, la besé por última vez y sin decir una sola palabra á nadie fuí á ponerme á disposición de la marechausée.

XI

Inmediatamente fuí encerrado en la prisión del prebostazgo en la Chatre; el teniente corregidor de Issondun principió á instruir la correspondiente sumaria sobre el asesinato frustrado de la señorita de Mauprat y obtuvo permiso para publicar un edicto al día siguiente. Dirigióse á la aldea de San Severo y á las quintas y haciendas de las cercanías al bosque del Curato, en que había ocurrido la desgracia y recibió las declaraciones de más de treinta testigos.

Decretóse el auto de mi prisión ocho días después de mi arresto. Si hubiese tenido entonces la suficiente serenidad de espíritu, ó si alguno se hubiese interesado por mí, se habrían podido invocar enérgicamente en mi favor esta infracción de la ley y otras muchas que se cometieron en el proceso, probando con ellas que un ódio oculto presidía á las actuacio-

nes. En todo el curso del proceso, una mano invisible lo dirigió todo con una celeridad y un rigor implacables.

La primera instrucción no produjo más que un solo cargo contra mí: el de la dueña Leblanc. Mientras que todos los cazadores declararon que no sabían nada, ni tenían ningún metivo para considerar este accidente como un asesinato voluntario, la dueña, que me odiaba hacía ya mucho tiempo por ciertas burlas que me había permitido respecto de ella, y que además estaba ganada, como se supo después, declaró que Edmunda, al salir de su primer desmayo, estando ya sin calentura y en su cabal juicio, le había confiado, encargándole que guardara el secreto, que había sido insultada, amenazada, derribada de su caballo, y en fin, asesinada por mí. Esta infame mujer, apoderándose de las revelaciones que Edmunda había hecho durante su delirio, compuso con bastante habilidad una relación completa, y la embelleció con todas las riquezas de su odio. Desnaturalizando las palabras vagas y las impresiones delirantes de su ama, afirmó bajo juramento que Edmunda me había visto dirigir el cañón de mi carabina contra ella, diciendo: «Te lo he prometido, no morirás sino á mis manos.»

Interrogado San Juan en aquel mismo día, declaró no saber nada más que lo que la señorita Leblanc le había contado, y su relación fué exactamente conforme con la declaración precedente. San Juan era un hembre honrado, pero frio y pusilánime. Celoso de la puntualidad, no omitió ningún pormenor ocioso que podía ser mal interpretado contra mí. Aseguró que yo había sido siempre extravagante, camorrista, caprichoso; que estaba sujeto á males de cabeza durante los cuales no me conocía; que acometido muchas veces de crisis nerviosas, había hablado de sangre y de muerte á una persona que yo creía ver siempre; en fin, que tenía un carácter tan violento que era «capaz de tirar cualquiera cosa á la cabeza del primero que se me presentase, á pesar de que no sabía que hubíese cometido ningún exceso de este género.»

Tales son frecuentemente las declaraciones que deciden de la vida y de la muerte en materia criminal.

En cuanto á Paciencia no se le halló en el día de estas indagaciones. El abate declaró que tenía ideas tan inciertas sobre el suceso, que sufriria todas las penas impuestas á los testigos rebeldes antes que explicarse sin haber adquirido informes seguros. Suplicó al juez que se le diese tiempo, prometiendo bajo su honor no sustraerse á la acción de la justicia y manifestando que podía obtener al cabo de algunos dias, examinadas bien las cosas, una convicción cualquiera, en cuyo caso prometía declarar cuanto hubiese, ora fuese en mi favor, ora en contra. Fuéle concedido el plazo que solicitaba.

Marcasse dijo que si yo era el autor de las heridas causadas à la señorita de Mauprat, de lo cual principiaba à dudar mucho, era por lo menos autor involuntario, añadiendo que respondia de esta aserción con su honor y con su vida.

Tal fué el resultado de la primera información, que continuó repetidas veces en los dias sucesivos, y muchos falsos testigos afirmaron haberme visto hace fuego sobre la señorita de Mauprat, después de laber intentado inútilmente que cediese á mis desess

Uno de los más funestos medios del antiguo procedimiento judicial era el monitorio; llamábase así un amonestación lanzada á manera de predicación por dobispo y proclamada por todos los curas á los feligreses de su parroquia, intimándoles á que indagasen revelasen todos los hechos que pudiesen llegar in conocimiento sobre el crimen que se perseguía.

Este medio era un reflejo modificado del principio inquisitorial que reinaba más abieramente a otros países. Las mas de las veces, el monitorio instituido por otra parte para perpetuar en nombre de la religión, el espiritu de delación, era una obra maestra de atrocidad ridícula; suponíase en ella frecuentemente el crímen y todas las circunstancias imagnarias que la pasión de los querellantes tenía necesidad de probar; era la publicación de un temá dado sobre el cual podía deponer falsamente el prime pícaro que llegaba, incitado por el cebo de la ganar

cia que á los delatores se prometía.... El monitorio tenía por efecto inevitable, cuando su redacción era parcial, levantar contra el acusado el ódio público.

Los devotos sebre todo, recibiendo sus inspiraciones, del clero, perseguían á la víctima con encarnizamiento, y esto fué precisamente lo que sucedió respecto de mí, tanto más, cuanto que el clero de la provincia representó además otro papel oculto que estuvo á punto de decidir de mi suerte.

El proceso, elevado al tribunal criminal de la bailía de Burges, se instruyó en muy pocos dias.

Ya podeis imaginaros la sombría desesperación que se apoderaría de mi. Edmunda se hallaba en un estado cada vez más deplorable, pues su razón estaba completamente estraviada. Nada temía yo del resultado del proceso; no pensaba que fuera posible siquiera convencerme de un crimen que no había cometido; pero, ¿qué me importaban el honor y la vida si Edmunda no debía recobrar la facultad de rehabilitarme respecto de ella misma? Considerábala como muerta: ¡muerta maldiciéndome! Así, no es estraño que estuviese irrevocablemente decidido á dejarme matar tan luego como pronunciaran mi sentencia, cualquiera que ella fuese. Imponíame como un deber sufrir la vida hasta entonces, y hacer lo que fuese necesario para el triunfo de la verdad; pero estaba abrumado de tal estupor, que no procuraba informarme siquiera de lo que había de hacer. Sin la constancia y el celo de mi abogado, y sin la lealtad admirable de Marcasse, mi incuria me hubiera abandonado á la suerte más funesta. Este último principalmente, trabajó sin descanso en mi favor, ora trayéndome frecuentes noticias de Edmunda y de mi tio, á quienes iba á ver todos los días, cra haciendo las más escrupulosas pesquisas para averiguar la verdad y probar mi inocencia.

Siempre que volvía y me contaba el resultado de sus diligencias, le estrecha a la mano con ternura, pero las más de las veces, absorto con lo que acababa de decirme acerca de Edmunda, no le oía siquiera.

La prision en que me hallaba, antigua fortaleza de los primitivos señores de la provincia, no consistia más que en una formidable torre cuadrada, ennegrecida por los siglos y construída sobre la roca á espaldas de un desfiladero donde el Indro forma un valle estrecho, sinuoso y rico con la más hermosa vegetacion. El tiempo estaba hermosísimo. Mi cuarto, colocado en lo más alto de la torre, recibía los rayos del sol naciente; jamás se presentó á los ojos de un prisionero paisaje más risueño, fresco y pastoril; pero, ¿de que podía yo disfrutar?

Había palabras de muerte y de ultraje en todas las brisas que pasaban entre los alelies de la muralla hendida. Cada sonido rústico, cada cántico pastoril que llegaba á mis oidos, parecían encerrar un insulto 6 expresar un profundo precio á mi dolor. Hasta el ba-

lido de las ovejas me parecía la expresión del olvido y de la indiferencia.

Hacía ya algunos días que Marcasse tenía una idea fija: pensaba que Edmunda había sido asesinada por Juan de Mauprat, esto podía ser; pero como no tenía yo sobre el particular ninguna probabilidad que hacer valer, le impuse silencio desde el momento en que me habló de esto, porque no me convenía procurar disculparme á expensas de otro.

Aunque Juan de Mauprat era capaz de todo, podía suceder que jamás le hubiese ocurrido el pensamiento de cometer este crimen; y no habiendo oido hablar de él después de más de seis semanas, parecíame que hubiera sido una cobardía inculparlo. Persisti, pues, en creer que alguno de los cazadores de la batida había disparado contra Edmunda por equivocación, y que motivos de temor y de vergüenzale impedirían confesar su desgracia. Marcasse tuvo el valor deir á ver á todos los que habían tomado parte en esta cacería y suplicarles con toda la elocuencia de que le había dotado el cielo, que no temiesen el castigo de un asesinato involuntario y que no consintieran en que pagase un inocente por ellos. Ningún resultado tuvieron todas estas diligencias, y ni una sola respuesta de los cazadores dejó á mi pobre amigola esperanza de hallar aquí una revelación del misterio que nos envolvía.

Fui trasladado á Burges, al antiguo castillo de los

duques de Berri, que sirvió después para prisión. No sin gran dolor tuve que separarme de mi fiel sargento, pues aunque le hubieran permitido seguirme, temia ser arrestado muy pronto por sugestión de mis enemigos, (pues persistia en creer que yo era perseguido por las artes de un odio oculto) y verse imposibilitado de servirme. Queria, pues, no perder un solo instante para continuar sus investigaciones, á lo menos mientras no le prendieran.

Dos dias después de mi instalación en Burgues, Marcasse produjoun testimonio, estendido á instancia suya y á consecuencia de sus indagaciones, por dos escribanos de la Chatre, en el cual, segun las declaraciones de diez testigos, se probaba que un fraile mendicante había andado vagando en los dias anteriores al del asesinato por la Varenne, que se le había visto en varios puntos y á distancias más próximas, y por último, que había hecho noche en Nuestra Señora de Pouligny la vispera del acontecimiento. Marcasse aseguraba que este fraile era Juan de Mauprat; dos mujeres declararon que habían creido reconocer en él ó á Juan ó al Zurdo de Mauprat, que se le parecía mucho. Pero este último había muerto ahogado en un estanque el día siguiente á la to na del castillo, y como por otra parte toda la población de la Chatre había visto durante el día del trágico suceso al trapense acompañar al prior de los carmelitas en su procesión y oficios de la peregrinación á Vaudevant, lejos de serme favorables estas declaraciones causarón muy mal efecto y atrageron la odiosidad mi defensa.

El trapense pudo probar victoriosamente la coartada, y el prior de los carmelitas le ayudó á divulgar que yo era un infame impostor. No podia ser más completo el triunfo de Juan de Maupraty con el mayororgullo decía que había venido á ponerse voluntariamente en manos desus jueces naturales para sufrir la pena merecida por sus faltas pasadas, y nadie se atrevia á pensar siquiera en perseguir á tan santo varon. El fanatismo que imperaba en nuestra provincia, eminentemente devota, era tal que ningun magistrado se hubiera atrevido á arrostrar la opinión pública volviéndola en contra de él. En sus declaraciones contó Marcasse la aparición misteriosa é inesplicable del trapense en la Roca de Mauprat, sus instancias para introducirse hasta donde estaban el caballero Huberto y su hija, su insolencia en ir á asustarles en sus propios aposentos, y los esfuerzos del prior de los carmelitas para obtener de mí sumas considerables en favor de este personaje.

Todas estas declaracones fueron consideradas como un cuento, porque Marcasse confesaba no haber sido|testigo de ninguna de las apariciones del trapense, y el caballero y su hija no estaban en disposición de declarar la verdad. Aunque mis respuestas á los diferentes interrogatorios que sufrí confirmaron estas



narraciones, como declaré con completa sinceridad que hacía ya dos meses que no había vuelto á ver al trapense, y que de consiguiente no me había dado motivo alguno de inquietud ni de recelo, y como me negué por otra parte á atribuirle el asesinato, natural era que por espacio de algunos días quedase rehabilitado el trapense en la opinión pública. Sin embargo, mi poca animosidad contra él no dulcificó la de mis jueces, quienes usaron de las facultades arbitrarias que tenía la magistratura de los tiempos pasados, sobre todo en el interior de las provincias, y paralizaron todos los medios de mi abogado por medio de una precipitación feroz. Muchos personajes de toga, que no quiero designar, se entregaron para perderme á públicas declamaciones que hubieran debido hacerlos recusables ante el tribunal de la dignidad y de la moralidad humanas. Intrigaron cuanto pudieron para arrancarme las revelaciones que querían, y hasta me prometieron una sentencia favorable si confesaba á lo menos haber herido á la señorita de Mauprat por equivocación. El desprecio con que escuché tan irritantes ofertas acabó de enajenármelos. Extraño á toda intriga, en un tiempo en que la justicia y la verdad no podían triunfar sin manejos inmorales y reprobados, fui víctima de los dos enemigos, más temibles: el clero y la toga: el primero, á quien había ofendido en la persona del prior de los carmelitas, y la segunda, que me odiaba á muerte á

causa de los pretendientes que Edmunda había rechazado, y que contaba en su seno al más rencoroso de todos, al personaje más eminente de la bailía.

Sin embargo, algunos hombres întegros, á quienes casi era yo desconocido, se interesaron por mi suerte, en vista de los esfuerzos que otros hacían para atraer la odiosidad contra mí; uno de ellos, M. E***, que no carecía de influencia, pues era hermano del intendente de la provincia y se hallaba en relaciones con todos los subdelegados, me sirvió por medio de los excelentes dictámenes que emitió sobre la conveniencia de buscar mas luz en aquel enmarañado proceso.

Paciencia hubiera podido, sin querer, servir á mis enemigos, por la convicción en que estaba de mi culpabilidad; pero huyó de toda ocasión que le comprometiese á declarar, recurriendo para este efecto á su vida errante por los bosques donde no pudo ser habido. Marcasse estaba receloso de sus intenciones y no podía concebir el objeto que se llevaba con semejante conducta. Las partidas de las marechaüssée estaban furiosas el ver que un viejo se burlaba de ellas sin salir del rádio de algunas leguas del país. Creo que con las costumbres y la robusta constitución que este anciano tenía, hubiera podido vivir muchos años en la Varenne sin caer en sus manos y sin experimentar la necesidad de rendirse, que el tédio

419

y el espanto de la soledad sugieren las más veces á los mayores criminales.

XII.

Llegado el dia de los debates me presenté en ellos con calma; pero el aspecto de la multitud me entris teció profundamente, pues no tenía en ella ningun apoyo, ninguna simpatia. Pareciame que mi situación era una razón para hallar á lo menos esa apariencia de respeto que la desgracia y el estado de abandono reclaman, pero no vi en todos los semblantes mas que una brutal é insolente curiosidad.

Las mujeres del pueblo hablaban en voz alta y en mis propios oidos acerca de mi buena presencia y juventud, y muchas damas de la nobleza se presentaron en las tribunas, lujosamente ataviadas, como si hubiesen asistido á una fiesta. Gran número de capuchinos mostraban su cráneo rasurado en medio de un populacho al cual excitaban contra mi, y de cuyas apretadas filas oía salir las denominaciones de bandido, impío y bestia feroz. Los hombres á la moda del país se mecían en los bancos de honor, y hablaban de mi pasión en los términos mas indecentes é irritantes.

Yo lo oía y veía todo con la tranquilidad de un profundo hastío de la vida y como un viajero que ha llegado al término de su carrera ve con indiferencia y cansancio las agitaciones de los que parten para un punto mas distante.

Los debates principiaron con esa solemnidad enfática que caracterizó en todos tiempos el ejercicio de las funciones de la magistratura. Mi interrogatorio fué corto á pesar del sin número de preguntas que medirigieron sobre toda mi vida. Mis respuestas frustraron las esperanzas de la curiosidad pública y abreviaron mucho la sesión.

Me encerré en tres respuestas principales y cuyo fondo era invariable.

1.º A todas las relativas á mi infancia v educación contesté que no me hallaba en el banco de los acusados para ejercer el oficio del acusador.

2.º A las que concernian á Edmunda y á la naturaleza de mis sentimientos y relaciones con ella, dije que el mérito y la reputación de la señorita de Mauprat no permitian la menor pregunta sobre la naturaleza de sus relaciones con un hombre cualquiera; que en cuanto á mis sentimientos no debía dar cuenta de ellos á nadie.

3.° A las que tuvieron por objeto hacerme confesar mi supuesto crimen, respondi que no era siquiera el autor involuntario del accidente. Por medio de contestaciones monosilábicas entré en el pormenor de las circunstancias que habían precedido inmediatamente al suceso; pero conociendo que debía conve-